

André Green

Sociedad Psicoanalítica de París



## **PUNTO DE VISTA DEL PSICOANALISTA SOBRE LA PSICOSIS EN LA ADOLESCENCIA**

Tomar posición acerca del conjunto de las cuestiones concernientes a la psicosis en la adolescencia y encararlas bajo el ángulo psicoanalítico no es, ciertamente, cosa fácil. Se convendrá en esto sin dificultad. Pues si la discusión opone, sobre todo, sistémicos y psicoanalistas, el debate está lejos de limitarse a esa confrontación. Otros temas provenientes de acercamientos muy alejados de la teoría de los sistemas o de la teoría psicoanalítica han sido expuestos, de manera tal que no pueden dejar de plantear problemas, tanto a los sostenedores de una como de otra teorización.

Antes de ver el punto de vista del psicoanalista, desearía decir dos palabras acerca de los estudios biológicos y epidemiológicos.

### ***Cuestiones previas***

En lo que concierne a los primeros, pienso que va de sí que debemos reconocer a la herencia un cierto rol -siempre mal precisado- en la génesis de ciertas psicosis. Si la maníaco-depresiva no deja duda alguna respecto a ese tema, la esquizofrenia continúa provocando muchas preguntas. Más precisamente, es claro que se encuentra en la ascendencia de ciertas esquizofrenias, o de ciertas formas de esquizofrenia, más antecedentes que en la media de la población normal. Si es aun difícil delimitar el modo eventual de transmisión de la enfermedad, resta que una fragilidad especial afecta a los miembros de la familia de los esquizofrénicos. Por otra parte las perturbaciones metabólicas postuladas en los esquizofrénicos, aun si éstas no parecen definitivamente elucidadas, nada me empuja a negarlas o minimizarlas. Pero una vez que esto ha sido

n/A-Nº 7

PUNTO DE VISTA DEL PSICOANALISTA

75

reconocido, no resulta, a mi entender, que la esquizofrenia sea la consecuencia de un desorden biológico completamente independiente de la estructura psíquica del sujeto; además que esto no suprime los factores de orden psíquicos ligados al medio familiar, a pesar de los argumentos ligados a la comparación de los mellizos mono o dicigota separados de sus familiares. Además, los genetistas de hoy en día no me parecen dar prueba del mismo triunfalismo que antaño, razonan de otra manera que en el pasado. Pues, por el contrario, uno podría preguntarse porqué la concordancia entre los mellizos monocigotas no llega al 100% en lugar de señalar que es más elevado que en los dicigotas.

Por el momento, contentémonos de continuar reflexionando sobre cifras sin conferirles un valor absoluto, tornando toda discusión ociosa.

En estos temas, debemos liberarnos de un modo de pensar simplista o simplificador. *No me parece en absoluto prohibido pensar que una organización conflictual que entraña regresiones importantes del yo (moi), puede conducir a perturbaciones orgánicas que no son necesariamente irreversibles, (hasta un cierto punto), y de las cuales es discutible enunciar que tiene un valor etiopatogénico.*

Si se admite que la psicosis es un campo de batalla -sobre todo en la adolescencia- donde los factores de órdenes diversos y heterogéneos se influyen mutuamente, no sería sorprendente que el cuadro clínico pudiese comportar los desórdenes somáticos, sin que se esté autorizado a pensar -hasta un informe más amplio- que estos son *primeros* o que son la *causa* de ese cuadro clínico, porque lo inverso podría ser verdad, a saber, que ellos son secundarios a la regresión psíquica y que son una de las consecuencias.

Además, los estudios epidemiológicos confirman la imposibilidad de aplicar una causalidad simple. ¿Por qué las diferencias ligadas al sexo indican que las mujeres presentarían más frecuentemente antecedentes hereditarios que los hombres y tendrían un perfil evolutivo más destruido, comportando más tiempo de remisión, mientras que su status económico sería más alto? Mientras que los hombres, globalmente más desfavorecidos desde el punto de vista económico, presentarían más síntomas antisociales. ¿Por cuáles razones más vale haber estado casado que haber permanecido soltero y no haber sido casado, que viudo o divorciado? Una aproximación estrictamente biológica no podría responder a estas cuestiones que implican la intervención de factores sociales.

### *Observaciones sobre la teoría sistémica y su evolución*

La oposición entre teoría psicoanalítica y teoría sistémica puede causar muchas sorpresas. Pues se debe tomar en cuenta la evolución de cada disciplina. Por lo tanto he sido sorprendido por cierta comunicación valiéndose de la teoría sistémica, pero modificando sus referencias de partida con el fin de mejorar la comprensión de lo que pretende dar cuenta aquí, en una perspectiva inesperada. Así, algunos sistémicos fundamentan ahora su acción y su teoría sobre el lenguaje y sobre la desviación comunicativa en la esquizofrenia. Esto requiere de mi parte algunas observaciones.

La primera es permitirme volver a mi tesis de doctorado en medicina, sostenida en 1957, sobre el "Medio familiar de los esquizofrénicos", donde, con otros autores, ponía el acento sobre el fenómeno de comunicación entre padres e hijos. Defendía la idea de que los roles parentales estaban sostenidos en la psicosis por los "caracteres psicóticos", expresión diagnóstica formada sobre el modo de los caracteres neuróticos o de las neurosis de carácter. La expresión "psicosis de carácter" me parece, también convenir.

Se sabe cuanto tiempo fue necesario esperar para pensar que las tesis de la transmisión genética de la esquizofrenia implicaban, igualmente, que el futuro esquizofrénico había sufrido la influencia *psíquica* de padres psíquicamente perturbados, aun si no estaban aquejados de ninguna psicosis comprobada.

La segunda observación concierne al interés de centrar el estudio de esa influencia psíquica sobre el lenguaje. El psicoanalista francés que yo soy no puede más que sorprenderse de esa evolución de la teoría sistémica paralela a cierta evolución de psicoanálisis preconizada por Lacan, aunque la aprehensión del lenguaje por los sistémicos estudiando la desviación comunicativa es profundamente diferente a la de Lacan. El interés de tal abordaje es permitirnos salir del dilema cognitivo-afectivo, para abordar un orden de realidad que trasciende a los dos. Por el contrario, el inconveniente de una teorización de ese tipo, el abordaje sistémico, es sostener la ficción de un lenguaje claro, simple, directo, que evoca la "lengua" de un robot bien programado, es decir, que refleja las ideas de sus programadores... Nada faltará incluyendo los afectos adaptados. Desde este punto de vista, se está en las antípodas del psicoanálisis.

Si es cierto que tenemos que ver los "meaning generation systems", los sistemas generadores de sentido, que explicarían las estructuras sociales y no la inversa, se volvería a la prevalencia del sentido sobre la fuerza.

Dicho de otro modo, la familia del esquizofrénico no sería ante todo, contrariamente a lo que piensa M. Selvini-Palazzoli, el teatro de una lucha por el poder, sino el espacio de una confusión comunicativa y de intercambios "sobrintelectualizados" (overintellectualised) o excesivamente singularizados (self idiosyncratic). La perspectiva psicoanalítica, sobre todo en Francia, subordina esos rasgos descriptivos a las categorías del juicio, de la cual la forclusión desprendido por Lacan del texto de Freud, es un ejemplo.

En lo que me concierne, desearía subrayar que el psicoanálisis se interesa menos en lo social que en la cultura, lo que no es la misma cosa. La referencia a la cultura exigiría aquí más desarrollo y clasificación que los límites de este artículo no me autorizan. En una palabra, diré que la cultura toca a la cuestión de lo simbólico ("de lo " y no "de la "). En este punto de la discusión, yo no puedo evitar lo que se juega de diferente con los sistémicos.

A menudo, los sistémicos que presentan sus trabajos adjuntan una nota autobiográfica precisando -lo que nadie les demanda- que han sido analizados y analistas antes de devenir sistémicos. En suma, la teoría sistémica les habría permitido "llegar más lejos" que el psicoanálisis. Me alegro por ellos que hayan, por fin, encontrado la actividad y el modo de pensar que mejor les conviene, aun sino son los míos. Pero no puedo dejar de estar triste por las instituciones que en otro momento los habrían formado en psicoanálisis por no haber logrado darles del pensamiento psicoanalítico más que una pobre idea.

Vayamos al fondo del debate: el reproche esencial hecho a los psicoanalistas es limitarse a una perspectiva individual. A lo que se puede responder a los sistémicos que no se comprende por qué ellos limitan su abordaje al grupo familiar. Por qué no extender el sistema a conjuntos más amplios: la escuela o la universidad, la ciudad, la región, el país, etc... De hecho, el sistema familiar es un objeto de investigación sin duda fundado por un psicoanalista. Por otra parte hay analistas que practican la terapia familiar sin sentirse fuera del psicoanálisis. Y es ahí que está el problema: *en materia de psicosis en la adolescencia la extensión de la investigación y de la intervención terapéutica escapa, raramente, de un extremo al otro de la cadena de los intervinientes incluidos en el circuito terapéutico, a la toma en consideración de los miembros de la familia del psicótico. Todo depende, entonces, de la concepción que se hace del funcionamiento psíquico para dar cuenta de los efectos de las relaciones entre el psicótico y los miembros de la familia. Dicho de otro modo, es el problema de la*

*referencia elegida para dar cuenta de la causalidad psíquica que distingue las diversas pertenencias a grupos profesionales diferentes, incluso opuestos.*

Para el psicoanálisis, el sujeto no es el individuo. Incluso el yo (moi) del individuo (que no es, recordemos, sino una de las instancias de la personalidad), está constituido en gran parte de identificaciones con los dos padres. Es en sí sólo una familia. Asimismo, si el complejo de Edipo es el complejo nuclear de las neurosis y si el sujeto del psicoanálisis se define por su relación a sus progenitores entonces, se comprende, en efecto, que es la familia -pero la familia *interiorizada*- que es la referencia del psicoanálisis. Tal familia no es ni la familia biológica ni la familia social, es la familia del complejo de Edipo, *es decir la familia en el seno de la cual el sujeto se estructura a través de la doble diferencia de sexos y de las relaciones entre adentro y afuera, familia como teatro de puestas en juego sexuales y mortíferos, como fuente de superación conduciendo al sujeto hacia afuera de la esfera familiar a la esfera sociocultural.*

### **La complejidad en la psicosis y en la adolescencia**

Estableciendo los parámetros que acabamos de distinguir, hemos definido una polaridad biológica y una polaridad sociocultural. Ahora bien, si se impone con evidencia que tales polaridades son a considerar para la psicosis, no lo son menos para la adolescencia. De allí el interés del tema y de este trabajo: el adolescente, en tanto que tal -es decir "normal"- pone en juego parámetros comparables a aquellos que la psicosis fuerza a considerar. En conclusión: la adolescencia implica en el estado ordinario un factor que nominaré, a falta de otro modo mejor, *quasi psicótico* o "psychotic like", que puede, sea, a conducir a la actualización de una potencialidad psicótica, sea a disolverse progresivamente en la estructura definitiva (adulta) del sujeto.

Una ambigüedad inevitable afecta la noción de psicosis en la adolescencia, en la medida en que el campo no está aun dispuesto para el desarrollo de una psicosis auténtica. Es, pues, prematuro y peligroso hacer bascular el diagnóstico de ese lado, favoreciendo así una estructuración psicótica de la cual la potencialidad existe, también en el estado normal, bajo la forma de una propensión a la desorganización.

Sin embargo en la adolescencia existe, innegablemente, estados psicóticos francos, netos y confirmados. La cuestión, entonces, no es solamente de orden diagnóstico sino también de orden pronóstico. La existencia, posible sin duda, de estados psicóticos probados ¿será una

razón para predecir, a aquellos que están aquejados por ellos, un porvenir de psicosis crónica o, si se trata de una enfermedad evolucionando por crisis, de psicosis periódica, lo que en los dos casos compromete el futuro de las relaciones de tal sujeto con la psiquiatría?

En todo caso, un cuidado debe prevalecer: la psiquiatrización mínima; durante el tiempo en que la adolescencia está en curso.

Esto me conduce a proponer un postulado: si la psicosis en la adolescencia se presenta bajo la forma de sintomatologías complejas que requieren una diferenciación y de la cual el espectro se extiende desde conductas relativas a las pulsiones de autoconservación (problemas de comportamientos alimenticios) hasta las conductas antisociales y perversas más graves (delincuencia, violencia recordando los signos de la antigua hebefrenia), atravesando toda la gama de los síntomas más específicamente psiquiátricos (depresiones más o menos graves, alucinaciones y delirios), mi postulado es que *la organización psíquica del adolescente normal subyacente a lo que la investigación conciente permite conocer de ella es tan compleja, como lo que el conjunto de los aspectos sintomáticos que enumeramos revela de complejidad.* En efecto, la complejidad a la cual nos confrontan los cuadros clínicos del adolescente psicótico no es una creación de la enfermedad pero manifiesta en ella el eco de lo que, por escapar a la aprehensión conciente, no está menos en acción.

Para que la constitución de la patología esclarezca esta complejidad, es necesario que exista ya en estado latente, desde luego una forma diferente, pero suficientemente próxima para autorizar la analogía y la inteligibilidad de sus variaciones patológicas. *El proceso del psicoanálisis consiste en plantear los puntos de referencia susceptibles de dar cuenta de esa complejidad hipotética del adolescente normal, deduciéndolos por après coup del conjunto articulado de las manifestaciones patológicas del adolescente psicótico.*

Pues hay, semánticamente hablando, un esclarecimiento de lo que permite reconocer la experiencia y que, en la adolescencia, concierne a las perturbaciones diversas que pueden arrastrar a las funciones vitales elementales hasta las impulsiones de muerte y de violencia. La reducción de esas dos polaridades permite comprender que el psiquismo, en la hipótesis psicoanalítica, aparece como el objeto de una contradicción extremadamente fecunda, pero igualmente susceptible de poder dar lugar a diferentes tipos de derivados. La contradicción se sitúa entre, por una parte, la esfera pulsional que remite al cuerpo y que a través de él alcanza el soma de la biología, pero que se diferencia de él, y, por otra parte, la esfera de la

relación de objeto, al otro, que se prolonga hasta sus expresiones más socializadas. Tal es el nudo y el centro de la investigación psicoanalítica.

### *Incesto y parricidio - las regresiones - la paráfrasis teórica*

Esto es fácilmente deducible de las presentaciones que nos han dado los Laufer, que testimonian una experiencia indiscutiblemente profunda y a la cual adhiero, salvo en un punto. He tenido ya la ocasión de haberles llamado la atención cuando el Coloquio sobre la adolescencia y la psicosis, que tuvo lugar en París hace ya algunos años. No hay, en lo que ellos dicen, una sola palabra concerniente al parricidio. Todo es concebido en función de los ataques sobre el cuerpo, en tanto que se trata de un cuerpo habitado por el incesto o tentado de liberarse de sus pulsiones incestuosas, o queriendo negar su organización genital para volver al estado previo a lo puberal. Toda la argumentación está centrada sobre la dialéctica del cuerpo genitalizado versus su fundamento pregenital. Ahora, me parece que es estrictamente imposible dejar de lado el parricidio, aunque sea menos evidentemente observable. Pero está tal vez allá, alguna coas que debe hacernos reflexionar aun más. La relación estructural con el padre es menos directamente atestiguable que la relación con el cuerpo, que deriva directamente de la relación con la madre. Es más enigmática. Uno no se hace una idea de su acción sino negativamente, es decir, a través del obstáculo que él representa. Es lo mismo en las manifestaciones que se le vinculan.

La dificultad viene, sin duda, de lo que, en el caso de la madre, la relación con el cuerpo (a través de las pulsiones) y la relación con el objeto, con el otro, son, por así decir, consubstanciales una a la otra. Las relaciones de las pulsiones con el objeto se dejan aprehender teóricamente de manera suficientemente convincente, en tanto que la relación de la pulsión con el objeto paterno -en la medida que no se sitúa en la prolongación de la relación con el objeto materno- es mucho más difícil de delimitar. Así la relación con el parricidio es mucho más que una manifestación agresiva, que sería igualmente comprensible en el contexto de la imago materna. También su puesta en evidencia requiere una referencia, diferente que la observable y justifica el concepto lacaniano de metáfora paterna.

La psicopatología de la adolescencia tiene igualmente interés de cuestionar las ideas muy simples sobre el punto de vista del desarrollo y de la regresión. Toda idea de escalonamiento o de estratificación parecen aquí muy discutibles. ¿Podemos decir, por ejemplo, que un problema de conducta alimenticia como la anorexia o la bulimia es más o menos grave que

la constitución de una posición persecutoria? No podemos decir nada de eso y creo que esto nos obliga a tener presente más matices sobre las cuestiones de la continuidad y de la jerarquía de las funciones. Esta concepción de la continuidad demanda mucho cuidado en su formulación, pues su interés verdadero es poner en evidencia la tolerancia a la discontinuidad.

Hay que desconfiar del uso del psicoanálisis como paráfrasis. Frecuentemente, en los trabajos psiquiátricos, se asiste a una sobresimplificación de los conceptos analíticos, una mecanización de éstos bajo la etiqueta de la "psicología dinámica". Parece que la preocupación de muchos psiquiatras que reconocen su necesidad de una teoría psicopatológica es domesticar el psicoanálisis adoptando una versión que tiende a debilitar lo contundente y la fuerza del concepto psicoanalítico. Muy a menudo, igualmente, hemos escuchado una aplicación literal -imaginaria- del concepto aplicado a la manifestación clínica: como si la aventura de la interpretación inconsciente fuese algo demasiado riesgoso para el progreso científico. Se asiste, en mi opinión, a fenómenos molestos que afectan a los investigadores que se sobreadaptan a las exigencias que son necesarias para salvaguardar la ciencia, pero que no descubren más que lo que sus instrumentos les permiten descubrir, y nada más, en detrimento de la complejidad del objeto. Quieren, en tal caso, hacer pasar lo que descubren como estando directamente en relación con el objeto, cuando el resultado de su investigación está, la mayoría de las veces, en relación con la maquinaria de la investigación, tal como puede tratar al objeto. Eso es muy lamentable en relación a los pacientes de los cuales nos ocupamos, porque es no hacerles justicia, como tampoco a los autores que han propuesto esos conceptos, tales como el "holding" y el "contingente", donde no se reconocerían ni a Winnicott ni a Bion en el uso que algunos hacen de ellos.

¿Cuál psicosis? ha preguntado Philippe Jeammet adecuadamente. La respuesta debe ser dada más en términos imaginarios que en términos reales, pues el diagnóstico importa menos que lo que requiere la exigencia del diagnóstico: por ejemplo, el miedo "enloquecedor" frente a un adolescente que puede estar padeciendo una psicosis. Eso puede representar no solamente un fracaso, sino un quiebre que abrume al individuo en su entrada en la existencia -porque la adolescencia es la entrada en la existencia-, que será un derrumbe definitivo. Es esto lo que es importante en la pregunta "¿cuál psicosis?". Pues ese quiebre es una herida narcisista tremenda, porque no es solamente la desdicha que ensombrece el presente, sino que toma la significación de una revocación retroactiva de todo el crecimiento de ese niño, en el momento en el cual sus padres están dispuestos a realizar el pase de mano y dejarle las riendas de la conducción

de su propia vida, aun por nacer, pero bajo su propia responsabilidad.

¿Hay una vulnerabilidad o una potencialidad psicótica en la adolescencia? La respuesta es sí, a causa de las razones que ya he dado sobre el parentesco entre la psicosis y la adolescencia. Esta vulnerabilidad se debe al hecho de que la reorganización alcanzada al final de la adolescencia no aparece y que se rezaga de manera inquietante en el campo de la desorganización.

### *Psicopatología de la adolescencia*

Los autores están de acuerdo en ver en la adolescencia un proceso de duelo. Pero es justamente cuando el proceso de duelo se encuentra sobrecargado por alguna otra cosa que no se deja definir bien que se está inquieto pues, en ese momento, el problema no se limita a lo que se debe abandonar, o a lo que se debe renunciar, sino que se duplica por la imposibilidad de enfrentar lo que es nuevo y que es completamente esencial en la adolescencia. Eso que se descubre de absolutamente nuevo, lo que se impone al deseo por primera vez, lo que permite sentirse diferente, es ahí que se juega el conflicto entre la atracción de lo nuevo y la imposibilidad de acceder a lo mismo. En el espíritu del adolescente, y es ahí que está la dificultad, esta no supondría ser perdida (la infancia), sino caduca, destruida. Destruída en el sentido conquistador del cual deseará estar animado el joven ser, que va a hacer irrupción en la escena de la realidad que está ante él para que le imprima su marca personal.

A esta conquista se opone la presión interna de un cierto número de factores. El primero reside no sólo en la sexualización del cuerpo por entero, sino en la de la realidad entera. Todo pasa como si toda la realidad fuera una especie de gigantesco cuerpo incestuoso. Es porque está enteramente sexualizada que no hay casi lugar para otra cosa. La segunda concierne a la revelación, los cambios de puntos de vista respecto de los padres. Se habla de la desidealización o de la conciencia de su imperfección; esto, de hecho, va mucho más lejos.

Pienso que el adolescente tiene el poder, afortunadamente limitado durante la existencia, de ver a sus padres *tal como ellos mismos han dejado de poder verse*. Es el falso self de sus padres el que el adolescente, en este período felizmente limitado, puede ver. Se cura o no, porque no es seguro que se cure. Es aquí que haré alusión a los problemas de lo que llamaría *segunda latencia*. La segunda latencia designa el espacio de tiempo que separa la pubertad de la adolescencia. Los procesos puberales pasan en el cuerpo, pero es destacable que la realidad no ha cambiado, o lo hace

de una manera muy limitada. Es con la aparición de la adolescencia que se produce esa sexualización general porque la angustia, para el adolescente, no es solamente esa de la transformación de su cuerpo, es también la de su inaptitud madurativa para amar, de ser capaz de amar, en el sentido en que esto exige que se tome también en consideración los problemas del otro. Esta capacidad sexual y amorosa reivindicada por el adolescente encuentra otra tarea: la reconstrucción y el renacimiento de su propio narcisismo. El adolescente no puede conducir las dos empresas a buen puerto. Está tomado en esta contradicción, lanzado hacia adelante por la anticipación y retenido por sus tentaciones regresivas, debiendo hacer frente a esos fines contradictorios. En ese momento, no es solamente cuestión de un problema de instrumentación; un conflicto opone el narcisismo y la relación de objeto, que, a menudo, no puede encontrar la solución porque el renacimiento narcisista es la tarea prioritaria; ahora bien esta no puede apuntalarse sobre el amor parental, porque el neonarcisismo debe volverse independiente de los padres. el adolescente no puede aún aceptar el amor de objetos nuevos que ocultan muchos peligros desconocidos. Sólo el amor de los pares que dan la amistad puede ser de alguna seguridad.

En la adolescencia, un problema es fundamental, aquel de la fragmentación del superyo. Es precisamente en relación a la protesta contra el superyo en la referencia a la cultura que aparece la conciencia de la relatividad de la Ley y la revelación del mundo cultural como discurso represivo. Lo que no es enteramente falso, hay que decirlo, por razones que no vamos a explicar aquí.

La intolerancia a las limitaciones va a incitar al adolescente a una tentativa de superar esta tutela en una especie de posición nietzscheana, ensayando situarse "más allá del bien y del mal". La fragmentación del superyo se explica. Sabemos que, en la teoría psicoanalítica, el yo (moi) tiene sus raíces en el ello y es una parte diferenciada de él. En la adolescencia no es tanto la cuestión de la desmentida la que domina; al contrario, será más bien la revelación de lo que no puede más ser ocultado ni desmentido. Algo deviene más visible para el adolescente y la represión se muestra totalmente incapaz de continuar acallándolo. El único error que él comete es tomar la realidad de lo que se le devela por toda la realidad, cuando es solamente la mitad. El "retorno" que no puede ser más reprimido no sufre matices y arrastra todo a su paso. No puede mantenerse ningún contra-argumento ante la fulgurancia de la revelación, que va a reconstruir la realidad en el conjunto de racionalizaciones que barrerán todas las objeciones. Para el adolescente lo más difícil es llegar a lo que caracteriza la edad adulta, no la entrada en el sistema y la resignación,

sino la rebelión fructífera. Porque es la esterilidad de su rebelión que hace lo problemático.

En el psiquismo tiene lugar un trabajo de relación y ligazón entre representación de cosa y representación de palabra que, en un tiempo ulterior, cambia de sentido y deviene un trabajo de *relación sobre las relaciones* (en el trabajo abstracto). Creo que en la adolescencia pasa algo análogo en el orden del funcionamiento psíquico. Una nueva etapa se inaugura para el acceso a un modo de causalidad que indexa la libido en las relaciones de las relaciones y da su aspecto revolucionario al pensamiento adolescente. Una causalidad nueva nacida de una mutación energética aparece, con una puesta en sentido de diversos sistemas de signos investidos libidinalmente. Es por otra parte lo que nos irrita y nos hacer decir: "creen que lo saben todo". Pero qué otra cosa puede hacer el adolescente en un momento donde le es totalmente necesario salir del anonimato. En lugar del proceso de procreación que es imposible, da rienda suelta a la idea de autocreación en el sentido nietzscheano: "Deviene lo que tu eres". El trabajo de lo negativo se encuentra ahí en acción; juega un rol totalmente fundamental en el pasaje de la desmentida a la negación, poniendo en juego la conservación de lo desmentido.

### *El trabajo de lo negativo en la adolescencia*

El trabajo de lo negativo es tanto más importante que la aceptación obligatoria de la sexualidad parental, responsable de haberlo engendrado. El, el adolescente, de su parte apela recíprocamente a otro engendramiento que debe darle el sentimiento de una autogénesis, en ruptura con toda anterioridad, es decir, en ruptura con su dependencia de sus genitores. Me parece que las distinciones de Bion sobre la "nada" (nothing) y "no cosa" (no thing), es decir, sobre el sistema de representación que puede permitir pensar la ausencia o que, al contrario, hace imposible toda tentativa de reflexionar, dependen, desde mi punto de vista, de la carga pulsional. Esta es tal que las representaciones no pueden transformarse, porque están metidas en un atolladero. Pero ¿cuál es el factor que constituye el principal obstáculo? ¿En qué consiste el proceso psicotizante? Es, indiscutiblemente, del lado del odio y de la destrucción, en tanto estos ataquen al pensamiento, que hay que buscar la causa del fracaso en la psicosis.

Harold Searles, y yo me he alegrado de eso, mostró que son nociones que no hay que considerar de un modo muy simple. Su pensamiento está en línea directa de lo que Winnicott describe a propósito de la "utilización" del objeto. A saber, que en la destructividad, la violencia agresiva

no siempre es la más mortífera. También mortíferas son las manifestaciones de "desconexión", de corte, de *función desobjetalizante*, como yo la llamo. La destructividad toma entonces la forma del desapego, de la degradación, de la desdiferenciación del objeto, hasta negar su existencia y su presencia. Habría lugar para un solo objeto, porque entre dos objetos uno debe, obligatoriamente, absorber al otro y lleva a la fuerza a su desaparición. Llamo alucinación negativa del objeto o alucinación negativa del sí mismo esa desaparición de representaciones de la realidad que pretendía la desorganización del pensamiento da lugar a las angustias de aniquilación.

Se comprende, entonces, que esa concepción de la destrucción no se limita a la destrucción del objeto y que el movimiento mismo que produce la supresión de la polaridad objetal destruye, en la dinámica que la pone en acción, hasta el yo (moi) que le sirve de soporte. Por cierto, esa destrucción no es integral, apunta esencialmente por retracción a la pérdida del yo comprometido en la relación con el objeto y puede atacar, en la circunstancias particularmente traumáticas, los límites entre el yo y el objeto, la confusión impide entonces toda distinción entre lo que corresponde a uno y al otro. Tal confusión mata dos pájaros de un tiro: obtiene la fusión con el objeto y no permite más reconocer la fuente de la agresión y, por esto, su causa. Tiene en beneficio la desmentida y la autoidealización, que a menudo salvan la omnipotencia que la confusión tenía como meta, entre otras, cortocircuitar.

Todo lo que describo sólo es inteligible en relación al Edipo. Estoy, entonces, plenamente de acuerdo con los Laufer y con Searles, sin, por lo tanto, separarme de Raymond Cahn. Pues, aun si consideramos la parte jugada por las catástrofes narcisistas, éstas sólo tienen sentido en relación al Edipo. ¿Cómo comprender, por ejemplo, un fantasma de madre omnipotente, simbiótica o fálica? No tiene consistencia más que comprendiendo que tal imago, pura y simplemente, ha devorado al padre. Habiéndose producido la devoración del padre, la madre toma características de omnipotencia, porque nada viene a poner en duda su poder. La omnipotencia no se manifiesta sólo por la proyección, sino igualmente por un mecanismo de saturación. Cuando se presenta un fantasma, ha perdido su status de incertidumbre, de precariedad o de vacilación que hace de él una estructura psíquica afectada por su fragilidad. Por el contrario, en la psicosis, está inmediatamente saturado. Está cargado (investido) de un potencial invasor y tiende a imponerse por su lado extremo, de modo de obturar la psique, de tal manera que no habría mas circulación posible entre ese fantasma y sus derivados. Esto no sería sino porque tal estructura no autoriza la

producción de derivados y tiraniza el resto de la actividad preconciente. De allí el carácter radical de las defensas que provoca esa intrusión interna, con riesgo de pagar éstas con una amputación del yo.

La homosexualidad de la que hablaba Laufer, el narcisismo positivo, es decir, la regresión narcisista sobre sí, que no impide al objeto existir en su alteridad contentándose con ignorarlo, la relación sado-masoquista, son las variedades *más benignas* junto a la regresión al estado narcisista primario y, es decir, los estados de alucinación negativa que realizan las amputaciones del yo mucho más perjudiciales.

Allá nos tenemos que ver con los manejos. ¿Con qué objetivo y por qué? Pienso que las agresiones están destinadas a castigar al objeto que no ha sabido sino desplegar su propia ansiedad sobreagregada a la ansiedad y la angustia de sujeto, agravando la situación de desvalimiento en lugar de contenerla. *La intrusión del progenitor, que impide toda clase de circulación y no deja otra posibilidad más que los estrechamientos funcionales, repite el trauma interminablemente y obliga a la compulsión de repetición de las defensas mutilantes.*

Nos encontramos acá en el corazón del proceso psicótico.

### **Locura y psicosis**

Se habrá comprendido que el punto de vista psicoanalítico intenta ligar un cierto número de parámetros, defendiendo la idea de su interdependencia. Si parte de la experiencia corporal -lo que está más que justificado cuando se trata de la adolescencia- es porque concibe al psiquismo como un trabajo de transformación del que uno de los elementos fundamentales es un anclaje en lo somático. Hay que precisar, además, que esa experiencia corporal está considerada bajo un ángulo específico: aquel de la vida pulsional. Esto implica que el cuerpo que está en cuestión -el cuerpo pulsional- no puede concebirse fuera de su relación con los objetos a los cuales está ligado por el deseo. *Se trata pues menos de la referencia a la pulsión sola que a la pareja pulsión-objeto. Se excede por ésto la dimensión puramente individual ya que se refiere a las funciones pulsionales del sujeto, a la relación potencial y/o afectiva del objeto (y por extensión con el otro del objeto).*

Esta referencia al objeto está implícita en toda relación, incluida la relación narcisista.

Sin embargo, al concebir las cosas así, se planea, necesariamente, el problema de los límites en la relación con el objeto, sea que estos se definan en función de las marcas de la fusión y de la separación, sea que

remita a la prohibición del incesto, sea, en fin, que se las conciba bajo el ángulo del asesinato del objeto de deseo, o de aquél que obstaculiza la unión con tal objeto.

Falta que las consideraciones generales ofrezcan más precisiones en cuanto a su aplicación al caso de la psicosis. *Si se parte del conflicto entre pulsión de amor o de vida -cognoscibles a través de la función erótica- y pulsiones de destrucción, y si se admite la estrecha intrincación de las dos, se puede asistir a las desintrincaciones que se harán, la mayoría de las veces, en beneficio de las pulsiones destructivas.*

*Hè propuesto, en otro tiempo, una distinción entre locura y psicosis. Donde quiera que las pulsiones eróticas libidinales triunfan, es la ligazón que lo logra. El trabajo de transformación psíquica va a conducir al fantasma que traducirá la preeminencia de la "locura". Cuando domina la destructividad, es la desligazón que tiene facilidad. Se manifiesta por diversos tipos de destructividad, ya descriptos, típicos de la psicosis.*

En todo sujeto existe un equilibrio inestable entre esas dos funciones. Pero, en el psicótico, lo que está en juego es lo que determina el pronóstico. Este está en relación con la forma tomada por la destructividad a importancia de la función erótica libidinal es que desempeña el papel de sostén de la función objetualizante. Además, a través de la ligazón, ésta puede operar la transformación en los diversos sistemas de signos y producir el investimiento para la transformación entre los diversos sistemas de representación y de signos. Dicho de otro modo, está en el fundamento de la simbolización.

Cuando la destructividad termina por vencerla, apunta, principalmente a tres sectores, a la destrucción del *sentido*, a la destrucción del sentimiento de *existencia* y, finalmente, a la destrucción en el orden de la *relación*.

¿Cuáles son los elementos de evaluación del conflicto titánico entre ligazón y desligazón o entre función objetualizante y función desobjetualizante o, finalmente, entre pulsión de vida y de muerte? Son perfectamente identificables y consisten en probar poner en perspectiva cuatro órdenes de elementos: *la organización edípica*, es decir, la relación con los genitores en la doble diferencia de los sexos y las generaciones; *la relación de objeto*, que remite a las relaciones del adentro y el afuera, referidas a las pulsiones prevalentes; *el funcionamiento mental*, que indica las posibilidades del sistema representativo en la organización defensiva de trabajo de lo negativo; finalmente, no se puede apreciar la dimensión propiamente psicótica si no se toma en cuenta *la relación con la realidad*. *Se trata menos de delimitar la percepción de la realidad que de definir qué uso de*

la realidad puede hacer el adolescente psicótico. Por esta razón la apreciación de esa relación con la realidad no puede cortocircuitar la referencia a lo simbólico (Lacan). ¿Qué es lo simbólico? Arriesgando una respuesta de manera terminante, diré que *es lo que da al complejo de Edipo su eficacia*.

En lo que concierne a la psicosis, tenemos necesidad de un modelo de las relaciones de la realidad psíquica y la realidad material. He propuesto uno que he llamado el "*doble límite*", que articula el límite entre el interior y el exterior, por una parte, y entre las dos partes del interior, por otra parte, es decir, de conciente de un lado y del inconciente del otro.

La importancia del modelo está en la *reduplicación del límite*, sea el límite entre el sujeto y el otro, o entre el adentro y el afuera, éste se encuentra repetido de tal manera que el sujeto en su "adentro" tiene también un adentro y un afuera. El modelo no sólo da cuenta de la proyección, da también cuenta de un fenómeno totalmente fundamental en el psicótico que es la *externalización de la fuente de la pulsión en el otro* y el empobrecimiento del sujeto que resulta.

Desear, es reconocer su incompletud, es reconocer que el campo de esa incompletud va del cuerpo al lenguaje y remite sin cesar de uno a otro.

### *El Edipo insoslayable*

Para concluir, con razón o sin ella, me siento confirmado en las opciones que yo he tomado en lo que concierne al Edipo. No solamente por causa de la centralidad del Edipo, sino por referencia al Edipo estructural. Una de las desventuras más enojosas que han sucedido en el psicoanálisis es haber confundido el complejo de Edipo con la fase edípica. Esto para recordar que *el Edipo está ahí siempre, antes del nacimiento del niño y desde su primer aliento, porque el padre está "en la cabeza" de la madre desde el principio*. Si no está, es muy engorroso para el niño, e implica graves riesgos de un futuro psicótico.

Winnicott ha estado en el origen de un viraje importante en la historia del psicoanálisis proclamando, a modo de protesta, "¡un bebé solo no existe! El entendía que un bebé no se puede concebir sin su medio ambiente, los brazos de la madre o el arrullo o no importa qué del otro que lo tiene. Por mi lado desearía lanzar un grito análogo: ¡una relación madre-hijo-sola no existe! *Hay que añadir un tercero (aquel que fue necesario para "hacer" al niño): el padre o, a falta de él, el padre de la madre, o la madre de la madre si se quiere.*

Esa focalización sobre la relación madre-hijo en la teoría psicoanalítica

ha tenido por efecto que toda la causalidad en relación con el mundo cultural, todo lo que recubre la metáfora paterna (Lacan), ha sido descuidado. Mi desacuerdo con Lacan se dirige a la interpretación de la cuestión del lenguaje. El lenguaje no sería suficiente para definir la metáfora paterna. Yo acordaré mucha más importancia al juego modulado de los sistemas representativos con los cuales estamos en contacto de una manera permanente, con nosotros mismos y en nuestra relación con el prójimo. Nadie más que el adolescente puede hacernos tomar conciencia mejor de esa polifonía de los sistemas representativos, de su precariedad y del testimonio que aportan sobre la fragilidad de nuestro psiquismo. Salimos de la adolescencia teniendo el sentimiento de haber vivido un período exaltador que lamentaremos durante toda la vida, pero a menudo, también, nos sucederá pensar retrospectivamente que nos hemos escapado de una buena.

Este trabajo fue una alocución de cierre del Congreso Internacional sobre Psicosis y Adolescencia (luego de las presentaciones desde diversas corrientes teóricas y clínicas) que tuvo lugar en Ginebra en julio de 1988.

Traducción: Alicia Cohan de Urribarri.